

El salinato entre Samaniego y Scherer
MIGUEL BARBERENA

“Lo único bueno es que Salinas terminará muy joven su sexenio y después habrá mucho tiempo para partírle la m...”. La frase, atribuida a Alfonso Martínez Domínguez, resume el drama del ex presidente de México, repudiado por el pueblo, exiliado en Estados Unidos y la reputación hecha trizas. No fue necesario "mucho tiempo" para destruir a Salinas: bastaron unas cuantas semanas para que "la opinión pública" condenara al sexenio 88-94 al basurero de la historia y a Salinas al panteón de los villanos nacionales, entre Antonio López de Santa Anna y Porfirio Díaz. El instrumento para dictar este veloz veredicto histórico han sido los medios de comunicación -los mismos que durante seis años, día tras día y machaconamente, glorificaron el genio de Salinas y que hoy no lo bajan de inepto, corrupto y asesino: el responsable de todas nuestras desgracias.

El encono contra el expresidente ha sido tal que hasta los antisalinistas primarios - como Jorge Castañeda- han salido en su defensa, censurando a políticos, empresarios y medios que critican ferozmente hoy, cuando ya es demasiado tarde, las políticas y el estilo personal de gobernar de Carlos Salinas. "Ha muerto el Rey, viva el Rey", es la expresión que aplicó el jefe de información de un diario capitalino para explicarme los ataques contra Salinas y la nueva glorificación del presidente Ernesto Zedillo. Pero al mismo tiempo tuvo que aceptar que los medios de comunicación -salvo contadas excepciones- han demostrado una total falta de coherencia y de ética periodística a la hora de juzgar el sexenio de Salinas. hay algo de inmoral en la manera en que Jacobo Zabludovsky editorializa la información para pedir "motu proprio", en 24 Horas, la desaparición de la secretaria de Desarrollo Social (SEDESOL) o como el Excelsior despliega a ocho columnas la información sobre "los graves errores macroeconómicos" del pasado gobierno.

Uno de los pocos periodistas que han tenido la decencia de mantenerse fieles al ex mandatario es Fidel Samaniego, actual subdirector de información de El Universal y sin duda el reportero más cercano a Salinas de Gortari. Su misión periodística durante el pasado sexenio fue escribir para El Universal las crónicas de todas y cada una de las actividades públicas del expresidente en México y en el extranjero. Y en esta calidad de "cronista" contó siempre con acceso privilegiado a Salinas y a su equipo más cercano. Samaniego publica ahora la recopilación de las crónicas que escribió de 1988 a 1994 bajo el espectacular título En las entrañas del poder (y nada será como antes), ediciones Rayuela, 620 páginas.

El libro es un buen ejemplo de la "crónica cortesana" que tuvo su apogeo en el siglo XVIII, cuando los reyes permitían a sus cronistas favoritos narrar la historia desde la perspectiva del trono, pero que en México floreció durante el pasado sexenio y sigue sin perder vigencia. El ex presidente emerge de estas páginas como un Estadista genial, visionario, humanista, justiciero (...). No tiene errores y habla siempre con la verdad. Su labor sexenal es magnífica. Su personalidad, arrolladora. Su sencillez tal que su reloj es un Casio de 30 dólares, igual que el de A1 Gore. En Bogotá, los

empresarios le piden "recomendaciones para los gobiernos de América Latina ahora que México logró sortear exitosamente los problemas de deuda externa con el extranjero". En Moscú, Gorbachov recibe en el Kremlin una cátedra sobre las reformas de la salinastroika.

En las giras por el interior del país, Salinas regaña a los gobernadores que no le cumplen al sufrido pueblo y pronuncia frases como la que sigue, que hoy solo provocan amarga sonrisa: "Con firmeza y dedicación combatiremos las lacras de la corrupción". Al inaugurar el servicio eléctrico en Chalco, llama a su jefe de ayudantes -y al cronista para que inmortalice el momento- y dice: "Vázquez, guárdame este guante, quiero conservarlo siempre", y entregaba la guanteleta blanca con la que había accionado la palanca" (...). Lo que salva estas crónicas "salinistas" es la sinceridad con la que escribe Samaniego. A diferencia de otros cronistas que se dedicaron a ensalzar sin demasiado convencimiento las virtudes de Salinas, Samaniego es un true believer del salinismo y no lo esconde. En una crónica, narra con emoción cuando el presidente le regala de cumpleaños un reloj "que él (Salinas) compró, que pagó con su tarjeta de crédito".

A mediados del sexenio, Samaniego era ya compadre y amigo cercano del heredero del salinismo, Luis Donald Colosio. El asesinato del candidato del PRI ("un dardo letal al corazón de las entrañas") estremece a Samaniego, quien escribe en Magdalena de Kino, durante los funerales de Colosio, dos de sus mejores crónicas sobre el trágico sexenio del "Rey Sol".

Samaniego es un reportero joven que vio en su cercanía al poder salinista la oportunidad para trascender en el difícil oficio periodístico. El caso de Julio Scherer es muy diferente, él es un "viejo lobo de mar" al que los resplandores del poder ya no deslumbran tanto. El director de Proceso ha estado realmente -y durante muchos años- en las entrañas del poder, pero ha sabido mantenerse a una sana distancia de los poderosos. Pero "la vida del poder" le sigue fascinando. Su nuevo libro, Estos años, editado por Océano, es un breve anecdotario del sexenio salinista y, al mismo tiempo, una reflexión sobre el ejercicio del periodismo. "La sangre del político no es igual a la sangre del periodista (...). No hay manera de unir sus torrentes sin envenenarlos", escribe Scherer a propósito, precisamente, del director de El Universal, Juan Francisco Ealy, un personaje megalómano a quien "el gobierno trataba como uno de los suyos". Pero son Jacobo Zabudovsky y Regino Díaz Redondo, director de Excelsior, los "clásicos" de la sumisión del periodismo a los intereses del poder, los mejores representantes de la "salivosa y permanente adulación" a los poderosos de turno. "Los aduladores se disfrazan (...). Son peligrosos, la traición al acecho", advierte premonitoriamente Scherer a Salinas durante uno de sus encuentros en Los Pinos. La obsesión de Scherer en estas reuniones "cimeras" era obtener documentos que sólo el gobierno posee "para escribir sobre la corrupción en los medios de comunicación". Salinas nunca facilita esa información y a Scherer no le queda otra que seguir rumiando la amargura, como lo hace desde el "golpe" que en 1976 lo expulsó de la dirección de Excelsior.

En las 98 páginas de Estos años aprendemos más sobre la personalidad de Salinas ("sus ojos no ven, vigilan") y sobre el apogeo y el declive de su gobierno, que en las 620 páginas del libro de Samaniego. Pero al final no hay grandes revelaciones sobre la vida íntima del sexenio. En una escena, por ejemplo, Castillo Peraza anota en una tarjeta algún gran secreto sobre el asesinato de Colosio, la muestra a Scherer y después la quema.

El lector nunca se entera de la "perturbadora" revelación del presidente del PAN (...). Cuando era "dueño casi absoluto de México", escribe Scherer, Salinas golpeó fuerte a Echeverría y a López Portillo. "A uno lo acuso de irresponsable y a otro de ignorante. De ambos aseguro que fueron responsables del empobrecimiento y desprestigio nacionales...". Ahora toca a Salinas ser duramente golpeado por el leal Zedillo y por la misma prensa que tanto lo aduló durante su mandato. En la visión de Scherer, Salinas es otra víctima de la fascinante "vida del poder" en México....